

Ninguna lengua es más antigua que otra

Una introducción a la endocronía

Alejandro Toledo Martínez

Naucalpan de Juárez, México

2026

Texto de conferencia · duración estimada 40 minutos

*«El griego es más antiguo que el latín» es un enunciado sobre bibliotecas
disfrazado de enunciado sobre lenguas.*

Una pregunta para empezar

Quiero empezar con una pregunta que parece inocente.

¿Cuál es más antiguo: el griego o el latín?

Casi todo el mundo responde que el griego. Y hay buenas razones para responder eso. El griego micénico está escrito en tablillas de Lineal B hacia el año 1400 antes de nuestra era. El latín no aparece por escrito hasta el 600, más o menos. Ocho siglos de diferencia. Parece que no hay discusión.

Voy a intentar convencerlos esta tarde de que la pregunta está mal hecha. No de que la respuesta sea otra: de que **la pregunta no tiene respuesta, porque no es una pregunta sobre lenguas.**

Y de paso, quiero proponerles un nombre para el estudio que sí puede hacerse en su lugar.

El error tiene una forma, y una vez que se ve ya no se puede dejar de ver

Volvamos a los ocho siglos.

¿Qué es exactamente lo que pasó ocho siglos antes? ¿Empezó a hablarse el griego ocho siglos antes que el latín?

No. Eso es imposible.

Los antepasados de quienes hablaron latín estuvieron hablando exactamente el mismo número de años que los antepasados de quienes hablaron griego. Ni un año más, ni un año menos. Vienen de la misma profundidad. Nadie empezó después.

Lo que pasó ocho siglos antes **no fue la lengua. Fue el archivo.**

Alguien, en el Egeo, tuvo un sistema de escritura y un motivo administrativo para usarlo. En el Lacio eso pasó más tarde. Esa es toda la diferencia.

Y aquí está la forma del error, que les pido que se lleven aunque no se lleven nada más:

«El griego es más antiguo que el latín» es un enunciado sobre bibliotecas disfrazado de enunciado sobre lenguas.

Habla de papel y suena como si hablara de gramática.

Propongo unos nombres para separar estas cosas.

Llamo **exocronía** al tiempo de fuera: el tiempo del archivo. La fecha del primer documento. El calendario. Es una propiedad del papel, no de la lengua.

Y llamo **endocronía** al tiempo de dentro: cuánto se ha movido cada parte de la lengua, a qué velocidad, bajo qué presión. Eso sí es una propiedad de la lengua.

El mito de la edad de las lenguas vive entero en la confusión de esas dos cosas.

Y aquí tengo que añadir enseguida un tercer eje, porque si me quedo en dos alguien de ustedes me refuta en una línea. Me dirá: ¿y la lengua de señas nicaragüense, que nació hace cincuenta años? ¿Y el esperanto? ¿Y los criollos? Tendría razón: hay sistemas lingüísticos históricamente identificables con una fecha de aparición.

Así que llamo **filocronía** a la profundidad de la cadena de transmisión: desde cuándo hay transmisión ininterrumpida de este sistema. Y digo con precisión lo que sí sostengo:

La profundidad filocrónica de una comunidad no se infiere de su fecha exocrónica.

No estoy diciendo que todos los sistemas lingüísticos hayan aparecido a la vez. Estoy diciendo que ni la fecha del archivo ni la profundidad de la cadena dicen nada sobre lo tercero, que es lo que me interesa: cómo está repartido el tiempo por dentro.

Y ya que estamos, les adelanto adónde vamos, para que el resto de la charla no parezca una colección de curiosidades. Voy a intentar mostrarles que, en lugar de una edad, una lengua tiene un **perfil**: no un número, sino un vector. Una velocidad para la fonología, otra para la morfología, otra para la sintaxis, otra para el léxico. A eso lo llamaré perfil endocrónico, y todo lo que viene ahora es evidencia acumulativa para esa idea.

El griego y el latín, mirados de verdad

Ahora hagamos el ejercicio en serio. Dejemos las fechas y miremos las lenguas.

El indoeuropeo tenía unos sonidos llamados labiovelares. Una *k* pronunciada con los labios redondeados. El griego las perdió: donde había una labiovelar aparece una *t* o una *p*. El latín presenta reflejos labiovelarizados donde el griego las transforma radicalmente. Por eso el latín dice *quis* y el griego dice *tís*.

El indoeuropeo tenía una *s-* inicial. El latín la conservó: *septem*. El griego la debilitó hasta convertirla en una aspiración: *heptá*.

El indoeuropeo tenía un sonido *w*. El latín lo conservó: *uīnum*. El griego lo perdió en casi todos sus dialectos: *oīnos*.

Tres rasgos, tres veces lo mismo: **el latín es el conservador. El griego es el innovador.**

Y ahora miremos el verbo.

El indoeuropeo tenía una voz media, que no es ni activa ni pasiva. El griego conserva esa categoría de forma mucho más transparente. El latín **reorganiza profundamente** aquella oposición: monta un sistema en *-r* y deja los deponentes como testigos de un reparto anterior. No es una pérdida simple —es una reestructuración—, pero el resultado es que la categoría media independiente deja de ser reconocible.

El indoeuropeo distinguía optativo y subjuntivo. El griego mantuvo los dos. El latín los fundió en uno.

El indoeuropeo tenía un número dual, para hablar de dos cosas. El griego lo conservó. El latín lo perdió.

El indoeuropeo distinguía aoristo y perfecto. El griego los mantuvo distintos. El latín los colapsó en uno solo.

Cuatro rasgos, cuatro veces lo mismo, y ahora al revés: **el griego es el conservador. El latín es el innovador.**

Entonces, ¿cuál es más antiguo?

El griego es arcaico en el verbo e innovador en los sonidos. El latín es arcaico en los sonidos e innovador en el verbo. **Cada uno es antiguo exactamente donde el otro es moderno.**

Preguntar cuál de los dos es más antiguo es como preguntar si un edificio es más viejo por los cimientos o por el tejado. No hay respuesta, y no la hay porque no había pregunta.

De aquí sale la tesis que da nombre a esta charla:

Ninguna lengua tiene una edad.
Cada componente tiene la suya.

Ahora bajemos hasta la palabra

Lo que acabamos de ver funciona entre dos lenguas. Pero les quiero mostrar algo más incómodo, porque el fenómeno no se detiene ahí. Baja mucho más. Baja hasta la palabra suelta.

Déjenme hacerles otra pregunta aparentemente inocente. ¿Qué edad tiene el verbo inglés *to be*?

Miren el paradigma: *am, is, are, was, were, be, been*.

Parece un verbo. Son tres.

Am e *is* vienen de una raíz indoeuropea, **h₁es-*, que significaba ser, existir.

Was y *were* vienen de otra raíz completamente distinta, *h₂wes-, que significaba **morar, residir, quedarse a vivir**.

Y *be*, *been*, *being* vienen de una tercera, *b^huH-, que significaba crecer, llegar a ser.

Piénsenlo un segundo. Cuando un angloparlante dice *I was*, está usando un verbo que significaba «yo **residí**», incrustado en el hueco del pasado de otro verbo que no tiene nada que ver con él. Y no lo nota. Nadie lo nota. Es el verbo más frecuente de toda la lengua.

El alemán reparte exactamente las mismas tres raíces: *bin* y *bist* por un lado, *ist* y *sind* por otro, *war* y *waren* por un tercero.

Y el español no se queda atrás. *Soy*, *eres*, *era* vienen del latín *esse*. Pero *fui* y *fue* vienen de otra raíz distinta. Y el verbo *ir* es todavía más descarado: *voy* viene de *vadere*, *fui* de aquella otra raíz, e *iré* de *ire*. Tres verbos distintos repartiéndose los huecos de uno solo.

Estas palabras no tienen una edad.
Tienen un espesor.

Cuatro mecanismos, y por qué van juntos

Ahora bien —y esto es importante— no todos los casos son el mismo fenómeno. Voy a distinguir cuatro.

Y les debo una advertencia de método, porque un colega me la haría enseguida: estos cuatro ****no**** son cuatro variedades de una misma cosa. La suplección es una relación entre las casillas de un paradigma. La alomorfía es morfofonológica. El doblete es léxico e histórico. El fósil es una condición de opacidad. Operan en niveles distintos.

Lo que los junta no es el mecanismo. Es la función. Los cuatro son maneras por las cuales **la heterogeneidad diacrónica sigue estando disponible sincrónicamente**. Bajo esa categoría sí conviven.

La primera es la **suplección**, que es la que acabamos de ver: raíces distintas fundidas dentro de un mismo paradigma.

La segunda es la **alomorfía condicionada**: una sola raíz que un cambio de sonido partió en dos, según el entorno. El islandés dice *kona* para «mujer», pero su genitivo plural es *kvenna*, y tiene *kvenmaður*. Dentro del paradigma de una sola palabra conviven la forma con *k-* y la forma con *kv-*.

La tercera es mi favorita, y es la que ustedes usan todos los días sin saberlo. La llamamos **doblete culto**.

Funciona así. Una palabra latina entra al español dos veces. La primera vez entra por la boca: se transmite oralmente, generación tras generación, y se va gastando. La segunda vez entra por el libro: siglos después, alguien la toma directamente del latín escrito y la mete casi intacta.

Latín *pauper* bajó por la boca durante mil años y se convirtió en **pobre**. Y después, en el siglo XV o XVI, volvió a entrar por el libro, y nos dio **paupérrimo**.

Fíjense en lo que eso significa, porque es asombroso: **el superlativo de «pobre» no está formado sobre «pobre»**. Está formado sobre su tatarabuelo latino, traído de vuelta mil años después.

Dicho con la precisión que exigiría un paper: no es exactamente que la palabra entrara dos veces. Es que **la regla que forma el superlativo opera sobre un estrato histórico distinto del que da la forma positiva del mismo paradigma**. El paradigma recluta de dos épocas. Eso es más raro y más interesante que un simple doblete.

Lo mismo con *fuerte* y *fortísimo*. Con *hijo* y *filial*. Con *áspero* y *aspérrimo*.

Cuando ustedes dicen «paupérrimo», tienen en la misma palabra mil años de desgaste y un préstamo de biblioteca del Siglo de Oro. Dos edades, en tres sílabas.

Y no está fosilizado: está vivo. La Real Academia acepta hoy también *pobrísim*, formado por la vía regular. O sea que los dos estratos están **compitiendo ahora mismo**, delante de nosotros, y podemos ver cuál gana.

La cuarta manera es el **fósil de posición**: el estrato que sobrevive justamente donde ya nadie lo mira.

Despierto, dormido, soñando

Los estratos no solo están. Están **de una manera**. Y eso es lo que quiero nombrar, porque creo que es la parte más nueva de todo esto —y por tanto la que más cuidado necesita.

Distingo tres posiciones. Y una regla: **no se detectan preguntándole al hablante**. Si yo les pregunto si sienten algo antiguo en una palabra, me van a decir que no, o me van a decir que sí por quedar bien. Las tres posiciones se detectan **por efectos**.

Dormido: el estrato que la gramática obedece y el hablante no ve

Aquí tengo el mejor ejemplo que conozco, y lo tienen ustedes en la boca todo el día.

La palabra **usted** viene de *vuestra merced*. Pasó por *vuesa merced*, *vusted*, y quedó en *usted*. Nadie lo analiza. Para cualquier hablante es un pronombre y ya.

Pero fíjense en lo que hace la gramática. *Usted* rige **tercera persona**. Decimos «¿vive usted lejos?». No decimos «¿vives usted lejos?».

¿Por qué? Porque el núcleo de *vuestra merced* era el sustantivo *merced*. Era un sintag-

ma nominal, y los sintagmas nominales van en tercera. La concordancia sigue obedeciendo, hoy, a una estructura que desapareció hace siglos y que ningún hablante puede ver.

El hablante no lo sabe.
La gramática sí.

Eso es un estrato dormido. Y noten que no hace falta creermelo: se ve en la conjugación.

Soñando: cuando el material heredado se recombina

Ahora la tercera posición, que es la que más me interesa y la que menos seguro tengo.

Vagabundo viene del latín *vagabundus*, con el sufijo culto *-bundo*, el mismo de *meditabundo*, *nauseabundo*, *furibundo*.

Pero en el siglo XV a los hablantes ese sufijo les resultó raro, y lo reinterpretaron. Oyeron *vaga* y oyeron **mundo**: el que vaga por el mundo. Y dijeron **vagamundo**.

Eso es lo que llamo soñar. La palabra no recordó su pasado —no puede— pero **recombinó** lo heredado en una figura nueva. Y la figura tiene sentido, y funciona.

Lo importante es que **la dirección no es azarosa**. Nadie reanaliza hacia una sílaba cualquiera. Se reanaliza hacia palabras que existen y que motivan.

Y hay algo todavía mejor, porque hay grados documentados de qué le pasa a un sueño.

Vagamundo todavía alterna con *vagabundo*. El sueño no ha ganado.

Pero **nigromancia** viene de *necromantia*, que en griego era la adivinación por medio de los muertos. Los hablantes oyeron ahí el latín *niger*, «negro», y entendieron magia negra. Y ese sueño **ganó**: borró la forma original. Hoy decimos nigromancia y no existe otra.

Lo mismo con **cerrojo**, que viene de *veruculum* y se reorganizó alrededor de *cerrar*.

Soñar no es recordar.
Es recombinar. Y a veces el sueño gana y se vuelve historia.

Esto último es importante para mí por una razón de método: la etimología popular es **apofenia documentada**. Es gente encontrando una relación que la historia no puso.

Y sin embargo, cuando el grupo la adopta, la relación se vuelve un hecho histórico y reescribe la palabra.

Por eso creo que la etimología popular es el mejor banco de pruebas que tiene esta teoría: es el único sitio donde el resultado ya está observado, y observado por gente que no tenía ninguna teoría que defender.

Una corrección que le debo a un revisor

Les cuento algo, porque me parece más útil que fingir que el argumento salió entero a la primera.

En la primera versión de esta charla yo usaba la palabra **hidalgo** para las tres posiciones. Decía que *hidalgo* viene de *fijo d'algo* y que, por tanto, lleva dentro dormida la *f*- latina anterior al cambio castellano a *h*-.

Eso está mal. *Hidalgo* sufrió el cambio de *f* a *h* como cualquier otra palabra. No conserva ninguna *f*-. Yo había confundido dos cosas distintas: la conservación de un sonido y la **opacidad de una construcción**.

Lo que *hidalgo* sí es, y es interesante, es una univervación opaca: nadie descompone ahí «hijo de algo». Eso es un fósil de construcción. Pero no es un fósil fonológico, y yo lo estaba vendiendo como si lo fuera.

Lo digo en voz alta porque el concepto de «soñar» es el más nuevo que traigo, y precisamente por eso no puede descansar en el ejemplo más discutible. Ahora descansa en *usted* y en *vagamundo*, que son verificables.

Los ayerres ocupan posiciones

Una última cosa sobre esto, y es la que todavía no sabemos.

Los estratos viejos no caen en cualquier sitio. Fíjense dónde los hemos encontrado.

En el hueco del pasado: *was*, *fui*. En el superlativo: *paupérrimo*. En el genitivo plural y en los compuestos: *kvenna*, *kvenmaður*. En los apellidos: *Fernández*. En los insultos y las fórmulas fijas: *hideputa*. En el registro culto: *filial*.

Hay un patrón asomando. Lo viejo parece retirarse a la periferia —a lo marcado, a lo formulaico, a lo raro— y cede el centro: el presente, el nominativo, el registro neutro.

Si ese orden se repitiera entre lenguas que no tienen nada que ver entre sí, entonces la lengua tendría algo parecido a un **ritmo**: una manera regular de repartir sus edades entre los huecos de su propia estructura.

Lo digo con todas sus letras: eso todavía es una impresión, no un resultado. Es exactamente el tipo de cosa que hay que ir a medir, y que puede salir que no.

Pero si me permiten quedarme con una sola frase de esta parte, es esta:

No hay ningún nivel en el que una lengua tenga una sola edad.
Ni la lengua, ni el componente, ni el paradigma, ni la palabra.

La prueba que zanja el asunto, y que tiene sesenta años

Hasta aquí les he dado un ejemplo. Un ejemplo bonito, pero un ejemplo. Ahora quiero darles un número.

En 1962, dos lingüistas, Knut Bergsland y Hans Vogt, hicieron algo muy sencillo y muy destructivo.

Por aquellos años estaba de moda un método llamado glotocronología. La idea era preciosa: si las lenguas cambian su vocabulario a un ritmo más o menos constante, entonces midiendo cuánto se diferencian dos lenguas se puede calcular cuándo se separaron. Como el carbono 14, pero para palabras.

Bergsland y Vogt decidieron probarlo donde se podía verificar. Tomaron lenguas modernas cuyos ancestros tenemos documentados. Y encontraron lo siguiente.

Del nórdico antiguo salen, entre otras, dos hijas: el noruego y el islandés. Para las dos ha pasado el mismo milenio. Exactamente el mismo. Mismo punto de partida, mismo tiempo transcurrido.

El noruego conserva alrededor del **81 por ciento** de aquel vocabulario.

El islandés conserva **más del 95 por ciento**.

Traducido a velocidad: el islandés cambia a un ritmo de cuatro por ciento por milenio. El noruego, a veinte.

Cinco veces más rápido.
Mismo origen. Mismo tiempo.

Y ahora viene lo mejor, que es lo que hace de este dato algo más que una curiosidad. Si ustedes aplican la glotocronología al islandés —si miden cuánto cambió y de ahí deducen cuánto tiempo pasó— el método les dirá que el islandés se separó del nórdico antiguo hace **menos de doscientos años**.

Se equivoca por un factor de cinco.

Y se equivoca por una razón exacta, que es la razón de esta charla: **confunde cambio con tiempo**.

Ahora bien, quiero ser preciso con lo que este dato demuestra y lo que no. Bergsland y Vogt destruyen el **reloj uniforme**: la idea de que una cantidad de cambio pueda leerse como una cantidad de tiempo. No destruyen la cronología lingüística, que sigue en pie y sigue siendo utilísima.

De hecho es mejor decirlo así, porque es más exacto y más útil:

La endocronía empieza justo donde fracasa el supuesto
de que el cambio funcione como reloj homogéneo.

Por qué unas lenguas corren y otras caminan

Si el tiempo no explica el cambio, algo tiene que explicarlo. Y aquí hay una respuesta bastante buena, que viene de la sociolingüística.

Peter Trudgill lo formuló con claridad en 2011. La velocidad y la complejidad de una lengua dependen de cómo es la comunidad que la habla. Y propone cinco factores: el tamaño de la comunidad, la densidad de sus redes sociales, su estabilidad, su contacto con otras comunidades, y cuánta información comparten sus miembros.

La predicción es la siguiente.

Las comunidades pequeñas, cerradas, donde todos se conocen —lo que él llama «sociedades de íntimos»— tienden a conservar. Sus lenguas son más complejas y se mueven despacio. Nadie tiene que explicarle nada a un extraño, porque no hay extraños.

Las comunidades grandes, abiertas, con mucho contacto y sobre todo **con muchos adultos aprendiendo la lengua desde fuera** tienden a simplificar. Y se mueven rápido. Porque un adulto que aprende una lengua no aprende igual que un niño: se come las irregularidades, regulariza, poda.

Fíjense en lo que esto significa.

El tiempo no es un mecanismo causal.
La estructura social sí puede serlo.

Y aquí quiero cuidar una tentación, porque es fácil pasarse. No estoy diciendo que la estructura social sea la única causa del cambio. Hay dinámicas articulatorias, perceptivas, analógicas, de adquisición infantil, de frecuencia, de gramaticalización, de

reanálisis. La estructura social es un conjunto de factores causales importantísimo, no el único.

Lo que sí sostengo es lo otro, y es más fuerte de lo que parece: **el tiempo no hace nada**. El tiempo es el eje sobre el que operan los mecanismos. Si tuviera que escribirlo, escribiría algo como

$$\frac{dL}{dt} = F(S, C, A, P, \dots)$$

donde S es estructura social, C contacto, A adquisición, P procesos internos. El tiempo está en el denominador del eje, no dentro de F .

El islandés no es conservador porque sea antiguo. Es conservador porque durante siglos fue una isla, con poca población, poco contacto y una tradición literaria fortísima. El noruego cambió más porque estaba en el continente, con puertos, con vecinos, con daneses.

Y ahora déjenme aplicar esto al griego, porque es donde suele haber una intuición correcta mal apuntada.

Mucha gente dice: el griego se transformó mucho porque las polis eran ciudades, con comercio, con contacto, con escritura. Y tienen razón en el mecanismo. Pero si uno mira el griego clásico, resulta que es *más* complejo que el latín, no menos. Así que el argumento, tal cual, se choca con los hechos.

Lo que hay que hacer es correr la fecha.

El momento en que el griego se transforma de verdad no es la polis clásica: es la **koiné**, después de Alejandro. Cuando el griego se convierte en lengua franca de todo el Mediterráneo oriental y de pronto lo aprenden, como adultos y en masa, egipcios, sirios, judíos, persas.

Y ahí ocurre lo que Trudgill predice: se pierde el dual, se pierde el optativo, se erosiona el infinitivo, se erosiona el dativo, el perfecto se funde con el aoristo.

Con una salvedad honesta: estos cambios tienen cronologías distintas y algunos tardan siglos en completarse. No estoy diciendo «muchos aprendices adultos, luego simplificación», como si fuera una ecuación. Estoy diciendo que la expansión y la adquisición adulta constituyen una presión que **coincide con, y probablemente contribuye a**, procesos de reestructuración que se desarrollan durante períodos largos.

Y el latín hizo lo mismo. Solo que más tarde. Con la expansión del imperio y sus propios aprendices adultos, el latín pierde los casos, pierde el neutro, se vuelve analítico y se convierte en las lenguas romances.

No es que una lengua se modernizara y la otra no.
Es que cada una atravesó su fase de contacto masivo en fechas distintas.

La misma causa, activada en momentos distintos. Y de esa diferencia de fechas nace el espejismo de que una es más moderna que la otra.

El caso más tramposo: cuando lo viejo parece nuevo

Quiero mostrarles ahora un mecanismo que fabrica el mito de una manera muy sutil, porque no depende de la ignorancia de nadie.

Del islandés se dice que un hablante de hoy puede leer las sagas medievales casi sin esfuerzo. Y es razonablemente cierto. De ahí se salta a decir que el islandés «no ha cambiado».

Pero hay una trampa. El islandés es conservador en su morfología, eso es verdad. Sin embargo, buena parte de esa impresión de inmovilidad se la debe a otra cosa: **la ortografía se quedó quieta mientras la pronunciación se movía.**

El sistema de vocales se reorganizó. La cantidad vocálica se reestructuró. Aparecieron fenómenos que el nórdico antiguo no tenía.

Es decir: **el texto parece antiguo. La lengua hablada lo es bastante menos.**

Este es el caso puro de lo que quiero que se lleven: **lo viejo parece nuevo, y lo nuevo parece viejo.**

Y muestra que el mito de la edad no se sostiene solo por desconocimiento. Lo fabrican artefactos muy concretos. Yo cuento cinco.

Primero, la fecha de atestiguación leída como edad. Es el error base.

Segundo, el prestigio literario. El sánscrito, el griego y el latín tienen corpus canónicos enormes, y el prestigio del texto se transfiere a la lengua y se lee como antigüedad.

Tercero, la ortografía conservadora, que acabamos de ver.

Cuarto, tomar un rasgo por el todo. El lituano conserva cosas notables en el sustantivo, y de ahí se salta a «el lituano es la lengua más arcaica del mundo». Es generalizar un componente al sistema entero.

Y quinto, confundir simple con joven. Una lengua analítica, como el inglés, se lee como desgastada o moderna. Pero la simplificación es un efecto del contacto y de la adquisición adulta, no de la edad. El inglés no es más joven que el islandés. Tuvo otra historia social.

La sincronía nunca fue estática

Hay una pieza más, y es la más antigua de todas.

Desde Saussure aprendimos a separar dos maneras de mirar una lengua. La sincronía: cómo funciona el sistema en un momento dado. Y la diacronía: cómo cambió de un momento a otro. Es una distinción utilísima y le debemos media lingüística del siglo XX.

Pero Roman Jakobson y el Círculo de Praga objetaron algo muy pronto, y creo que tenían razón.

Jakobson prefería hablar de «sincronía permanentemente dinámica». Su idea es que **sincrónico no quiere decir estático**. Un estado de lengua no es una fotografía: contiene su propio movimiento. Y el desplazamiento no es solo un dato para el historiador — es algo que el hablante *experimenta*, ahora mismo, aunque no sepa nombrarlo.

Cuando ustedes oyen a alguien usar una palabra y les suena anticuada, o afectada, o demasiado nueva, están percibiendo tiempo. No historia: tiempo, en vivo.

Eso significa que **en un mismo hablante conviven materiales de edades distintas**. Una terminación que tiene tres siglos. Una oposición que tiene dos mil años. Una alternancia que conserva indirectamente algo todavía más antiguo. Todo funcionando a la vez, en la misma boca, en la misma frase.

Una lengua se parece menos a una fotografía que a un yacimiento.

Y esto me permite cerrar una frontera que llevaba tiempo borrosa, entre esto y otro programa que me ocupa, la endolingüística.

Porque queda una pregunta incómoda: **¿cómo puede haber historia dentro de una experiencia sincrónica si el hablante no conoce esa historia?**

La respuesta, creo, es que la historia no deja recuerdos. Deja **contrastes estructurales sincrónicos**. El hablante no recuerda el proceso —no puede, no estuvo ahí— pero sí experimenta arcaísmo, novedad, rareza, solemnidad, productividad, irregularidad, opacidad. Eso sí está a su alcance.

diacronía objetiva → estratificación sincrónica → experiencia cualitativa

Y ahí se reparte el trabajo. **La endocronía estudia la arquitectura temporal objetiva. La endolingüística estudia cómo esa arquitectura se experimenta psíquicamente.**

Con esa división, «despierto, dormido, soñando» deja de ser una metáfora bonita y pasa a ser una hipótesis concreta: sobre los **grados en que un estrato histórico sigue disponible** para el hablante de hoy.

Qué propongo que midamos

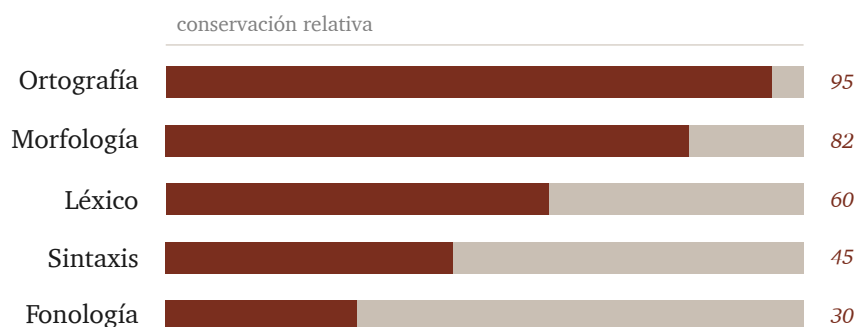
Si una lengua no tiene edad, hace falta poner algo en su lugar. Algo que sí se pueda medir.

Propongo llamarlo **perfil endocrónico**.

En lugar de preguntar «¿qué edad tiene esta lengua?», que no tiene respuesta, se construye un vector: una velocidad para cada componente. Cuánto se movió la fonología. Cuánto la morfología. Cuánto la sintaxis. Cada una comparada con un conjunto de lenguas que uno declara de antemano.

Con eso, «el islandés es arcaico» deja de ser una frase y pasa a ser un perfil: muy conservador en morfología, bastante menos en fonología, y con un artefacto ortográfico encima que exagera las dos cosas.

Se ve mejor dibujado que dicho.



Perfil endocrónico del islandés (esquemático, con fines ilustrativos). «Islandés arcaico» colapsa este vector en un escalar, y por eso es dimensionalmente pobre.

Miren la última barra y la primera. La ortografía es lo más conservador de todo, y la ortografía no es la lengua: es cómo la escribimos. Si uno mide «arcaísmo» por la impresión que da un texto, está midiendo sobre todo esa barra.

Y aparece la pregunta empírica interesante: **¿están correlacionadas esas velocidades?**

Si lo estuvieran mucho, entonces sí existiría algo así como el conservadurismo general de una lengua, y podríamos hablar de edades con cierto sentido.

Hay datos, y apuntan a que no. En 2017, un equipo del Max Planck publicó en *PNAS* un estudio sobre ochenta y un idiomas austronesios. Encontraron que la gramática cambia más rápido que el vocabulario, y que distintos componentes evolucionan a ritmos distintos y por mecanismos distintos. El titular con que lo difundieron dice la charla entera en cinco palabras:

«Las lenguas no comparten una sola historia.»

Cómo se llama esto

Llegamos al final, y les debo el nombre.

Cuando uno busca cómo se llama este estudio, encuentra que no tiene un nombre solo. Tiene piezas.

Está la sincronía dinámica de Jakobson, que aporta la arquitectura: por qué un estado contiene su propio cambio.

Está la tipología sociolingüística de Trudgill, que aporta las causas: por qué unas comunidades corren y otras caminan.

Y está la estratificación diacrónica, que aporta el método: cómo leer las capas dentro de un mismo sistema.

Las tres existen, tienen autores y tienen literatura. Lo que no existe es el ensamblaje, ni existe nadie que apunte las tres, de frente, contra el mito de la edad de las lenguas.

A ese ensamblaje lo llamo **endocronía**. El estudio del tiempo dentro de la lengua: qué profundidad tiene cada componente, a qué velocidad se mueve, bajo qué condiciones sociales, y cómo conviven en un mismo hablante materiales de edades distintas.

Es una acuñación, y quiero decirlo con todas sus letras: **el término es nuevo; el aparato no**. No hay literatura detrás de la palabra. Hay literatura detrás de cada una de sus tres piezas. Sería deshonesto invocar una autoridad que todavía no existe.

Y déjenme afinar todavía más el reclamo, porque decir «esto no existe» es una afirmación bibliográfica muy fuerte y yo solo puedo decir que lo busqué y no lo encontré. Así que lo formulo como corresponde:

La endocronía no pretende descubrir estos fenómenos por separado.

Pretende formalizar su estudio conjunto como distribución interna del tiempo lingüístico.

Lo que la endocronía no dice

Termino cerrando cuatro puertas, porque este tipo de argumentos invita a cruzarlas.

No digo que el método comparativo falle. Funciona, y es uno de los grandes logros intelectuales del siglo XIX. Lo que no funciona es convertir cantidad de cambio en cantidad de tiempo.

No digo que todas las lenguas cambien igual. Digo lo contrario, y es la tesis: cambian a velocidades muy distintas, y por causas sociales que se pueden identificar y estudiar.

No digo que ninguna lengua sea conservadora. El islandés lo es, en morfología. Lo que no se puede es predicar el conservadurismo de la lengua entera a partir de un componente.

Y no digo que todos los sistemas lingüísticos hayan aparecido a la vez. Los criollos, las lenguas de señas emergentes y las lenguas construidas tienen fechas de aparición reales, y negarlo sería absurdo. Lo que digo es lo otro: que **la profundidad de una comunidad no se lee en la fecha de su primer documento**, y que ni esa fecha ni esa profundidad dicen nada sobre cómo está repartido el tiempo por dentro.

Para la inmensa mayoría de las lenguas que se hablan hoy, la cadena viene de igual de lejos. Lo que las distingue no es la edad. Es la historia social que les tocó, y la huella desigual que esa historia dejó en cada rincón del sistema.

Cuando alguien les diga que su lengua es antigua, o que la de otro es primitiva, ya tienen la respuesta.

Ninguna lengua tiene una edad.
Cada componente tiene la suya.

Muchas gracias.

Referencias

- Bergsland, K. & Vogt, H. (1962). Sobre la validez de la glotocronología. *Current Anthropology*.
 Greenhill, S. J. *et al.* (2017). Evolutionary dynamics of language systems. *PNAS*.
 Jakobson, R., y el Círculo Lingüístico de Praga. Crítica de la dicotomía sincronía/diacronía; «sincronía permanentemente dinámica».
 Trudgill, P. (2011). *Sociolinguistic Typology: Social Determinants of Linguistic Complexity*. Oxford University Press.